

**Amor y Terror de las Palabras de J. M. Briceño
Guerrero (La experiencia de haber pasado a máquina
el manuscrito de la obra): una vía literaria y
filosófica para el reencuentro con la infancia
que se agazapa en la memoria para no irse***

Roberta Rodolfi**

Postgrado de Lectura, Universidad de Los Andes
Mérida- Venezuela

Resumen

La intención de este artículo no es la de hacer un análisis crítico, literario o cualquier otro que le pueda corresponder a la naturaleza poliédrica del libro, editado originalmente en 1987 por la extinta Editorial Mandorla, Amor y Terror de la Palabra (como era su título original); sino relatar la experiencia de haberlo “pasado” a máquina de escribir (eléctrica). El mismo me fue entregado, manuscrito en un cuaderno, por su autor. Lo que quiero compartir es la experiencia de haber descifrado lentamente las hormiguitas pintadas en tinta azul y, simultáneamente, comprender el significado de la danza que juntas ejecutaban. Fue un viaje que me

* Artículo culminado el 20 de Junio de 2009. Enviado al **anuario GRHIAL** a finales de ese mismo mes y aprobado por los árbitros designados en 30 de Julio de este año.

** Licenciada en Educación Especial. Magister Scientiae en Educación, mención Lectura y Escritura. Profesora contratada de la Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales. Planificadora e Investigadora del Postgrado de Lectura de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. Autora del libro de Poesía: Traduciendo a Palabras Tu Presencia. Colección Luna Nueva, N°. 15. Mérida: Universidad de Los Andes / Dirección de Cultura y Extensión, 1996.

permitió recordar y recobrar parte de mi niñez, hasta ese momento custodiada diligentemente por el adulto que habito... y conocer más de cerca al director de la danza.

Palabras Clave

Mérida (Venezuela), filosofía, literatura, infancia,
José Manuel Briceño Guerrero.

Abstract

The intention of this item is not that one of to do a critical analysis, literary or any other that can correspond him to the poliédric 's nature of the book, edited in 1987 for the extinct Publishing company Mandorla, Amor y Terror de la Palabra (as was his original title); but saying the experience of having "past" to typewriter (electric). The same one was me given, manuscript in a notebook, for his author. I what I want to share is the experience of having code break slowly the little ants graffitis in blue ink and, simultaneously, understanding the meaning of dances her that meetings executed. Was a trip that allowed me to remember and to recover part of my childhood, until that moment guarded diligently by the adult that dwell... and to know more closely to the Master of dances her.

Key Words

Mérida (Venezuela), philosophy, literatura, childhood,
José Manuel Briceño Guerrero.

1. Explicación Introductoria

Hacia poco más de un año que había llegado a Mérida. Conmigo, mis dos hijos, entonces de cinco y cuatro años. Con trabajo pero muy poco dinero; sin embargo, muy contenta de estar en esta ciudad que luego se convertiría en el sitio donde he estado más tiempo en toda mi vida.

Había conocido al Dr. Briceño a través de unos muy queridos amigos, y en algún momento comencé a asistir al seminario de los viernes en la noche. Un día me dijo que necesitaba pasar a máquina su último libro para llevarlo a la editorial. Me dijo, también, que el trabajo sería pagado. Interesante, sin duda. Pero más interesante e inquietante fue la posibilidad de trabajar cerca del autor.

El trabajo se haría en agosto, de manera que pedí a mi hermana que buscara a mis hijos y los llevara a Valencia a casa de mis padres, para poder trabajar con tranquilidad, sin preocupación por horarios, comidas, en fin... todo.

2. La preparación para hacer el trabajo

Una mañana, ya acordada, agarré mi máquina de escribir eléctrica Olivetti y llegué a casa del Dr. Briceño. Creo que era la primera vez que iba para allá. Nos saludamos, me brindó café, y comencé a desempacar mi máquina en el lugar que me había indicado iba a ser mi sitio de trabajo durante buena parte del mes de agosto de ese año, 1986. Era la mesa del comedor, primera silla de la derecha, cerca de la ventana por donde entraba luz natural y, además, desde allí se podía ver el paisaje verde cristalino y oír el canto de los pájaros. El lugar ideal para trabajar, al menos para mí.

Subió al primer piso de la casa, bajó, entró a su estudio y al ratito salió y tenía entre sus manos un cuaderno. Un simple cuaderno de esos que uno usa cuando va a la escuela. Me lo entregó, lo abrí, y me quedé mirando fijamente aquellas páginas llenas, todas las líneas,

de hormiguitas pintadas de azul, casi como una acuarela, que parecían una delgada serpiente, con todas las sinuosidades formadas por el movimiento. En ese momento, que no sé cuánto duró —*el Viejo* parado frente a mí, del otro lado de la mesa— sentí que abría una puerta hacia un gran viaje. De hecho al concluir de mecanografiar el libro y todavía hoy en día sé que fue un gran viaje.

Me dijo que el libro estaba dividido en capítulos, y que el título de cada uno de ellos era el nombre de los números-letras del alfabeto y que el último capítulo además concluía también con una letra del *alefato*. ¿Qué es el *alefato*? Pregunté. Es el alfabeto hebreo. ¿Te interesa?... Sí. Unos días después me entregó una hoja que tenía escrito el alfabeto con letras hebreas y su pronunciación en castellano. Se abrió otra puerta. Todavía conservo la hoja. Algunos años después comencé a estudiar hebreo bajo su dirección y luego abrió un seminario para estudiar en grupo esa lengua antigua y moderna.

Le dije que me gustaría que esas letras —en realidad escritas en castellano pues la máquina de escribir no contaba con los caracteres hebreos— aparecieran pegadas del margen derecho de la hoja y no en el centro, como suele ocurrir con otros libros. Me preguntó por qué y le dije. Fue respetuoso y escuchó atentamente mi por qué, hizo algunas preguntas, las contesté. Estuvo de acuerdo y así lo hice.

3. Pasando a máquina el manuscrito

Volví a mirar el cuaderno, comencé a descifrar las primeras líneas, miré al *Viejo*, me miró, le dije: si no entiendo, le aviso. Me sonrió y se fue a su estudio. Hojeé el cuaderno y quedé sorprendida pues estaba escrito corrido, con muy pocas tachaduras, como si él se hubiera dictado a sí mismo el texto. Años después confirmé lo que había sospechado entonces: *el Viejo* escribe en la cabeza y luego lo pasa al cuaderno o a la hoja o lo dicta. Pocas personas hacen eso, su proceso de escritura es sorprendente.

Introduje el papel en el rodillo de la máquina, coloqué al lado el corrector líquido (para borrar), un lápiz y... empecé a mecanografiar lentamente, descifrando, y poco a poco ganando velocidad para luego disminuirla para comprender el significado de lo escrito.

De vez en cuando, luego de pasar un rato viendo una sola palabra que no descifraba, le preguntaba al Dr. Briceño, quien me respondía con cariño y comenzaba a hablar de asuntos que orbitaban esa palabra. Yo escuchaba. Muchas de las conversaciones que ocurrieron en aquellos días siguen resonando en mi corazón y en mi mente, y aún ahora, como entonces, me auxilian en la comprensión de las cosas, incluso las aparentemente menos importantes.

Al mediodía paraba el trabajo y almorzábamos, hablábamos un rato y luego el autor subía a descansar. Yo descansaba también, sentada en el sofá, o caminando por el jardín. Luego reiniciaba. El *Viejo* bajaba, tomábamos café, conversábamos un rato de cosas que a veces yo preguntaba o a veces salían solas, luego me preguntaba si todo estaba bien y volvía a su estudio.

De vez en cuando le preguntaba al autor sobre cosas que había leído-mecanografiado, entonces él, siempre con amor y paciencia, comenzaba a hablar y yo escuchaba atentamente. Me conmovió entonces y todavía hoy en día, la amorosa capacidad que tiene para explicar asuntos muy complejos —a veces incomprensibles— en lenguaje sencillo.

4. Regresos a los recuerdos de la infancia

En la medida que iba comprendiendo, comencé a escribir cada vez más rápido. Quería terminar de mecanografiar el libro para ver qué pasaba. Sin embargo, muchas veces quedé como abstraída viendo imágenes de mi niñez que suavemente fueron regresando a mi conciencia gracias al texto. Los juegos, algunos físicos otros de palabras, las travesuras, la avidez por conocer las cosas, las preguntas que a todos fastidiaban, la sensación de distancia con respecto a mi cuerpo.

Donde más me detuve, y fueron muchas, fue en la parte en la que el texto hablaba de la repetición de las palabras hasta no entender qué pasaba. Recordé que de niña, junto con otros niños, jugábamos a repetir una palabra, era siempre la misma, “lámpara”. Nos íbamos todos al callejón cerca de mi casa en la ciudad de Trujillo. Nos poníamos en círculo y luego empezábamos a repetir, al principio despacio y luego cada vez más rápido, *lámpara, lámpara, lámpara, lámpara, lámpara, paralám, paralám, paralám*, y al rato estábamos, estaba, mareada y veía las cosas, las casas, los otros niños y no entendía nada. Todo estaba desdibujado, absurdo, vacío. Todo se vaciaba de significado y eso asustaba; pero simultáneamente era agradable. Nos asustábamos, mucho, mucho. Salíamos del mareo y del susto, nos reíamos y volvíamos a empezar. A veces lo hacía sola en mi casa, caminando por uno de sus cuatro corredores internos, al rato trastabillaba, me iba de lado, me recostaba de la pared mareada y entraba en pánico. Mis padres me regañaron varias veces y aunque me preguntaban qué tenía nunca dije nada. Sentía que era algo mío y que ellos no entenderían, ¿quién sabe?

Mecanografiando la parte en donde el personaje del texto se escondía en un escritorio, recordé que para que no me regañaran me escondía en el escaparate —que en aquella época eran grandes—, me acomodaba debajo de los vestidos de mi mamá y comenzaba la repetición. Era agradable estar escondida allí, oía todo —tal como lo dice el texto— como si hubiera una separación entre el resto del mundo y yo. Oía pero no escuchaba. Era como el murmullo del mundo.

Seguía mecanografiando y al mismo tiempo pensando que siendo niño uno tiene las llaves de las puertas, del conocimiento, de uno mismo y de Dios; pero al crecer se pierde contacto con el niño sabio que fuimos y caemos cada vez más, en la palabra y su prisión. Hay que hacer un esfuerzo conciente para liberarse.

5. La tarde que pasó algo especial

Una tarde tuve dificultad, reiteradamente, en comprender una palabra, él estaba arriba descansando, paré un rato esperando que bajara, luego intenté nuevamente leer esa palabra... nada. Intenté varias veces más hasta que por fin entendí, la palabra era *tiempo*, y así mecanografié varias páginas. Cuando tenía varias páginas escritas *el Viejo* las recogía y se iba a su estudio o se quedaba allí para leerlas y hacer correcciones de ser necesario.

Aquella tarde se llevó las hojas de papel recién mecanografiadas. Al rato volvió y me dijo:

—Donde dice *tiempo* debe escribirse *trompo*.

Me quedé mirándolo, atónita: cómo era posible que yo, por el contexto, no entendiera que la palabra no era *tiempo*. Se dio cuenta de mi desconcierto y dijo:

—Entendiste bien, es el *tiempo*, pero mejor pon *trompo*.

En mi cabeza estallaron miles de significados, sensaciones, imágenes, el embelesamiento producido por mirar fijamente el trompo cuando uno lo bailaba siendo niño. Me dio de todo, alegría, sobresalto.

Trompo-tiempo. Me sonrió y, mientras se acariciaba la barba y fumaba su pipa, dijo:

—Entendiste ¿no? Bien... bien...

6. Un intento de balance como conclusión

Han pasado más de veinte años desde entonces. Escribir sobre lo ocurrido ese agosto me ha sorprendido a mí misma. No recuerdo cómo llegué a la casa el primer día, ni cómo llegué los otros días, tampoco recuerdo cómo regresaba a mi casa. No recuerdo nada de mi casa.

Pero tengo recuerdos e imágenes (como fotografías o videos) muy nítidos de momentos particulares de mi estadía en la casa del autor.

Hay que jugar trompo, hay que repetir palabras, hay que preguntar hasta que alguien conteste y dé pistas, hay que... recobrar parte de la niñez, hasta este momento custodiada diligentemente por el adulto que habitamos.

Se puede leer *Amor y Terror de la Palabra*, el título original con el que *pasé a máquina* el libro, con varias miradas. De él se pueden hacer análisis literarios, críticos o cualquier otro. Lo mejor es leerlo siempre, con los ojos bien abiertos y escuchar las respuestas que de nuestras preguntas da el *autor-personaje-personajes*. Es cuestión de abrir puertas.

Bibliohemerografía

- BRICEÑO GUERRERO, J. M. (1987). *Amor y Terror de las Palabras*. Caracas: Mandorla.
- _____. (1993). *L'Enfance d'un Magicien*. Traducción al francés por Nelly Lhermillier. París: Editions de L'Aube.
- _____. (1998). *Amor y Terror de las Palabras*. Mérida: Universidad de Los Andes / Consejo de Publicaciones.
- _____. (2008). *Amor y Terror de las Palabras*. Colección Biblioteca J. M. Briceño Guerrero. Mérida: Editorial La Castalia.
- _____. (2009). *Amor y Terror de las Palabras*. Colección Estudios. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana.

Portada de la primera edición *Amor y Terror de las Palabras* (1987). Caracas, Editorial Mandorla.

